



## ESCUELA MARINA ORTH

MAUREEN ORTH  
FUNDADORA DE LA FUNDACIÓN MARINA ORTH

Fue un amor a primera vista. El amor más duradero que he tenido ha sido con Colombia, a pesar de nuestra tumultuosa historia. Aterricé por primera vez en Medellín en 1964, a los veintiún años, como voluntaria recién incorporada a los Cuerpos de Paz y recién graduada de la Universidad de California de Berkeley. Llegué llena de idealismo y espíritu aventurero. La ciudad de la eterna primavera me recibió con su exuberancia y colores vibrantes, mientras su gente se mostraba acogedora y amable.

Vivía en un barrio de bajos recursos llamado "Las Violetas", en la planta superior de una pequeña casa. Justo debajo vivía una joven familia que me preparaba cenas de arroz, frijoles y plátano, y en ocasiones chicharrón y huevo. Teníamos la fortuna de contar con agua fría proveniente de un pozo. Sin embargo, la mayoría de las 2500 personas que habitaban en el barrio no tenían acceso a agua y debían recogerla de una quebrada cercana que no era del todo potable.

La comunicación con mi familia en Estados Unidos se limitaba a cartas que tardaban semanas en llegar, ya que en todo el barrio solo existía un teléfono público. Las familias muy católicas de ese entonces tenían diez o más hijos. Los niños descalzos solían venir a mi puerta, a menudo llamándome "la señorita Marina", ya que "Maureen" les resultaba complicado pronunciar. La privacidad se convirtió en algo del pasado y comprendí que nadie deseaba que me sintiera sola.

Mi labor se centraba en el desarrollo comunitario urbano, y mi programa, supervisado por la organización sin ánimo de lucro "Care", operaba en colaboración con la Acción Comunal para la que trabajaba. El barrio ya había tenido dos voluntarios anteriores que habían iniciado un proyecto de alcantarillado y mi responsabilidad era terminarlo y hacerme cargo del club de conejos de los niños y la cooperativa de macramé de las mujeres. En esos días, para proyectos grandes como el alcantarillado, la comunidad se unía en convites para cavar las zanjas, mientras que el gobierno proporcionaba la planificación y los materiales necesarios. A los pocos meses de mi llegada, un grupo de hombres vestidos con ruanas y sombreros negros llegaron galopando a caballo hasta mi puerta y me entregaron un caballo. Me llevaron hasta lo alto de la montaña sobre el barrio a su vereda llamada Aguas Frías. Tenían la esperanza de que pudiera ayudarles a construir una escuela donde sus hijos pudieran aprender a leer y escribir.

Rápidamente, organicé a la Junta de Acción Comunal y comenzamos a despejar rocas desde la montaña. Así, poco a poco, se construyó una escuela de dos aulas que albergaría a treinta y cinco niños. La Asociación de Cafeteros nos brindó ladrillos y cemento para llevar a cabo la construcción. Para mi asombro, la comunidad decidió nombrar la escuela en mi honor como "Escuela Marina Orth".

Esa escuela aún se mantiene en pie, brindando educación a más de doscientos estudiantes desde guardería hasta grado once. Actualmente, casi sesenta años después de mi primera visita a esas hermosas montañas que rodean la escuela, un equipo de robótica de la “Escuela Marina Orth”, formado por dos niñas, y otro equipo compuesto por dos niñas y un niño de una de nuestras escuelas en La Ceja, patrocinados y capacitados por la Fundación Marina Orth, lograron recientemente la medalla de bronce en la Copa Internacional de Robótica Juvenil en Corea.

Es importante destacar que estos estudiantes tuvieron su primer contacto con la robótica en marzo de 2023. Inicialmente, compitieron contra equipos provenientes de las mejores escuelas privadas de Colombia y, posteriormente, se enfrentaron a más de treinta países en la competencia. Este viaje fue una travesía de cuatro días que abarcó más de 14 000 kilómetros para llegar a su destino, pero en términos de superar la desigualdad crónica de Colombia y llegar tan lejos, podría decirse que equivalió a recorrer catorce millones de kilómetros.

Irónicamente, la idea detrás de la fundación no surgió de mí. Después de mi experiencia en el Cuerpo de Paz, mantuve relaciones cercanas con amigos de diversos estratos sociales en la sociedad colombiana, desde mi antiguo novio, el aristocrático senador Alfonso Ospina Ospina, quien lamentablemente fue secuestrado y asesinado en 1989, hasta Doña Mariela Maidonado, madre de quince hijos y abuela de cuarenta y un nietos, quien fue mi vecina en Las Violetas. Debido a la presencia de Pablo Escobar en las cercanías de mi escuela y a la violencia generalizada en toda la región, no visité Medellín durante muchos años. Sin embargo, a finales de 2004, cuando Sergio Fajardo fue elegido alcalde, su Secretario de Educación, Horacio Arango, se enteró de mi visita a la ciudad y me pidió un favor especial: —“Marina”, —me dijo, —“Estos niños no tienen oportunidad de competir en el siglo XXI sin conocer el inglés y la tecnología”. —¿Nos ayudaría a convertir su escuela en la primera escuela pública bilingüe?”. Acepté el desafío, a pesar de no saber exactamente

cómo llevarlo a cabo, ya que mi experiencia como periodista de investigación me había enseñado a investigar y no aceptar un “no” como respuesta definitiva. Mis dos años en Medellín de joven me enseñaron a ser fuerte y resiliente, lecciones que agradezco profundamente.

En la actualidad, la Fundación Marina Orth tiene programas en más de veintidós escuelas públicas y centros educativos en Medellín y sus alrededores, así como en Nuquí, Chocó. Incluso una de nuestras niñas obtuvo un lugar en el programa “Quiero ser un astronauta” de la NASA. Trabajamos a través de alianzas público privadas y hemos liderado proyectos avanzados en tecnología basados en las necesidades identificadas en las comunidades de nuestros estudiantes. Hemos facilitado la donación de miles de computadoras One Laptop per Child (“Un Computador por Niño”) en nuestras escuelas y enseñado a los estudiantes a realizar el mantenimiento y las reparaciones de sus propias computadoras. Nuestros voluntarios internacionales enseñan clases de inglés y hemos brindado educación en alfabetización digital a más de 1500 jóvenes en riesgo de exclusión: NINIS —Ni estudia, ni trabaja—. Realizamos acciones que el gobierno colombiano no ha logrado implementar, como capacitar a los maestros de escuela pública en modalidad virtual y presencial a través de un exclusivo bootcamp de entrenamiento para STEM, aprendizaje socioemocional, manejo del aula y cómo integrar sus clases.

EN LA ACTUALIDAD, LA  
FUNDACIÓN MARINA ORTH  
TIENE PROGRAMAS EN MÁS DE  
VEINTIDÓS ESCUELAS PÚBLICAS  
Y CENTROS EDUCATIVOS EN  
MEDELLÍN Y SUS ALREDEDORES,  
ASÍ COMO EN NUQUÍ, CHOCÓ.

\*

Debido a que no tenemos la capacidad de adquirir Legos, hemos desarrollado nuestros propios Robokits, los cuales han despertado el interés de una de las firmas de consultoría más grandes del mundo, que está

interesada en adquirirlos para sus propios programas de educación en línea. A través de nuestro programa de becas universitarias, estamos orgullosos de ver a nuestras primeras ingenieras de sistemas, abogadas y jóvenes extraordinarios graduarse, quienes expresan su deseo de liderar el futuro de Colombia.

Desearía poder decir que este camino ha sido fácil, pero lamentablemente no lo ha sido. A excepción de los generosos aportes de algunas fundaciones de Medellín, como Auteco, San Blas y el Club Rotario, no hemos recibido apoyo de las principales fundaciones colombianas, tanto públicas como privadas. La actitud predominante parece ser que la educación es una responsabilidad que recae únicamente del Gobierno. A diferencia de mi experiencia en Estados Unidos donde he recibido subvenciones de organizaciones como Google, Intel, Motorola, [Bloomberg Philanthropies](#), entre otras, las grandes entidades colombianas generalmente no invierten de manera significativa en el recurso más precioso de Colombia: la educación de los hijos de sus trabajadores. Estos jóvenes son el futuro del país, no solo en términos de desarrollo económico, sino también como ciudadanos que comparten valores democráticos y contribuyen al bien-estar cívico. A diferencia de los Estados Unidos, donde cuento con una base de alrededor de 1500 donantes individuales, con un promedio de donación de 100 a 150 dólares estadounidenses, los colombianos privilegiados simplemente no practican la filantropía, incluso cuando aceptan formar parte de mi junta directiva. Parece persistir una mentalidad feudal de otorgar "limosnas" en el subconsciente colectivo.

Al igual que su riqueza, la inversión social en Colombia se concentra en las manos de unos pocos. Las empresas grandes y sus respectivas fundaciones, destinan sus recursos a los mismos beneficiarios de manera predefinida año tras año. Es muy difícil acceder a estos fondos, ya que ya está decidido a dónde y para quién serán entregados. Es una barrera muy difícil de romper porque los tomadores de decisiones son las mismas personas que lideran estas empresas y fundaciones y que a

menudo tienen un asiento en diversas juntas cívicas y grandes fundaciones. Además, en muchos casos, la filantropía "pura" es totalmente desconocida ya que detrás de las donaciones suele haber intereses adicionales, como los beneficios fiscales vinculados al beneficio personal del donante en lugar del bienestar general de la población. Es como si los ricos colombianos prefirieran el sufrimiento y la violencia, la constante amenaza de insurrección e inestabilidad en lugar de ayudar a la construcción de una sociedad más equitativa. ¡Cuidado, los extremos generan extremos!



Como conclusión: no existe una mejor manera de transformar el mundo que inspirar, capacitar y educar a la juventud para que crean firmemente en su capacidad de generar un impacto positivo. He sido bendecida con una vida muy privilegiada, tanto en lo personal como en lo profesional. Sin embargo, ninguna de estas experiencias se compara con la inmensa alegría que siento al recorrer el camino que lleva a la Escuela Marina Orth y ser recibida por los rostros sonrientes de los hermosos niños que corren hacia mí. Estos niños, cuyos bisabuelos y bisabuelas participaron en la construcción de la "Escuela Marina Orth" junto a mí. Lo que es más importante, es que ellos siendo una comunidad desfavorecida no sólo creen en sí mismos, sino que han demostrado ante el mundo que son capaces de competir a nivel internacional como verdaderos campeones. A veces, nos olvidamos de que no debería ser necesario recorrer 14 000 kilómetros para aprender esta lección tan valiosa.

\*\*\*